

te. Castilla la Vieja ha sido invadida por las Ratas, que el joven Delibes arrastra hacia el Río de la memoria como el Flautista de Amelin. Los narradores catalanes deben huir en busca de aventuras (Porcel), en compañía de sus antepasados, hasta los confines del Mediterráneo Oriental, o fundar un país imaginario (Villalonga) que suplante la miseria de lo establecido, o reconstruir por entero (Pla) un país expoliado. La Picaresca, como novela del Imperio en ruinas, es un reflejo fiel de la amargura y desolación con que prolifera, crece y debería desarrollarse la sangre y la savia de las narraciones, que sólo entonces serán «españolas»: novela del viaje al fin de la noche de los pícaros, la única clase honrada y respetable, que sólo puede vivir *al margen* de la ley, en la Península; con ellos, gitanos, murcianos y gentes de mal vivir integran el cuerpo demográfico expoliado por las sucesivas burocracias de reyezuelos y déspotas, que venderán los pueblos de España a los comerciantes y banqueros italianos o flamencos, franceses o estadounidenses, extranjeros todos, destruyendo o saqueando los mercados de Medina del Campo o Sevilla y los recursos minerales de Almadén o Cartagena, hipotecando el Tesoro o la Compañía Telefónica Nacional<sup>7</sup>.

Los homosexuales del primer Terenci Moix (*Lily Barcelona*), los tráfugas en moto de Daniel Sueiro, los camioneros de Alfonso Grosso, las maestras entre visillos de Carmen Martín Gaité, fundan su existen-

---

<sup>7</sup> Los Reyes Católicos, Carlos V, Felipe II, Carlos IV, Isabel II, Alfonso XII, Alfonso XIII, consuman, entre tantos otros, estos atentados centrales contra la integridad económico-cultural de la Península:

- Hipoteca financiera ante la gran Banca internacional, a la que se entrega el control monopolista de los mercados locales de trigo, seda, minerales, manufacturas, hundiendo y dinamitando las economías regionales para favorecer a banqueros venecianos, genoveses, franceses, flamencos. La iniciativa monetaria local queda condenada a la persecución religiosa, fiscal y social.
- Destrucción de los grandes mercados renacentistas (Medina del Campo, etc.), que eran una fuente de riqueza floreciente y aseguraban el contacto comercial con los mercados europeos (la Hansa).
- Sostén de un oligopolio ganadero y feudal (la Mesta), devastador para la supervivencia de la economía agraria.
- Consagración del expolio monopolista de la Banca exterior (desde los siglos xv y xvi), en detrimento mortal para el florecimiento de un mercado financiero autóctono (testamento de Carlos V).
- Hundimiento de las manufacturas nacionales a través de la defensa de los fabricantes extranjeros, el enfeudamiento de los gremios a través del amparo de sus tendencias al monopolismo del mercado del trabajo: desencadenando una decadencia artesanal e industrial generalizada, favoreciendo la pérdida total de competitividad comercial en los mercados exteriores.
- Hundimiento de los esbozos de un inicio de revolución industrial, a través de la bancarrota militar de la Deuda Pública, que dinamita un balbuceante mercado financiero liberal (ligado a la legislación bancaria de la Primer República), desacredita durante un siglo al país en los mercados financieros europeos y gangrena la economía nacional a través del bonapartismo monetario y la centralización militar del crédito.
- Entrega de sectores estratégicos centrales (Compañía Telefónica Nacional) al control de oligopolios exteriores.

No se trata en esta breve referencia, meramente orientadora, de consumir un alegato que el lector encontrará, mejor desarrollado y expuesto, a título indicativo, en cualquier historia de los hechos económicos. El mejor resumen a este respecto quizá continúe siendo la *Historia económica de España*, de JAUME VICENÇ VIVES, publicada por vez primera en Barcelona en 1959 y bien conocida y estimada por los especialistas.

cia, crecen y proliferan en las manchas de la escritura, en la *extrañeza* con que ven el mundo, del que huyen tirándose a la carretera, el suicidio o la soledad como quien abraza a un viejo y desafortunado pariente que nos recuerda, para nuestra desdicha, cuál es nuestro único patrimonio. Los personajes de Umbral deambulan por Madrid con la gracia perdida y el desencanto de sus homólogos nacidos en la trastienda de Wenceslao Fernández Flórez. Todos ellos componen un guiñol de títeres cuyo escenario único es éste: el páramo espiritual donde la soldadesca ha reducido las ciudades a cenizas o esquiladas masas urbanoides.

Estamos muy lejos de las ciudades legendarias imaginadas por Leopoldo Alas o Pérez de Ayala, *Azorín* y Baroja, para erigir los cimientos de la vida moral de nuestros pueblos. Y Corpus Barga deberá enterrar en el Perú el Atlas y la alfaguara de las aldeas y las ciudades por donde corrían los memorables recuerdos tatuados en el cristal luminoso de su prosa. No hay Papeles de Aspern donde interrogarse en Venecia por el destino de la escritura y el destino de nuestras vidas. No hay agua para regar los campos ni pan para alimentar a las familias. Los libros y las bibliotecas han sido quemados y sus cenizas se dispersan para empolvar los sudarios y los cortinones negros del infortunio. Las ventanas de los museos han sido tapiadas por las bandas armadas de matones a sueldo. Y la carne humana se amontona en las cárceles y presidios que la palabra única del Estado nombra con distintos nombres y apelativos. Sólo en algunos pueblos olvidados, perdidos en las lejanías polvorientas del interior y la periferia, viven y vegetan hasta morir algunos seres puros, felices en su ignorancia: comisarios de policía de Tomelloso (García Pavón), cazadores de Castilla (Delibes), diáconos gallegos (Cunqueiro), pícaros urbanos (Cela), poetas ensimismados (Gil-Albert); ellos son los últimos vestigios de una población anterior a la unificación tardía del mercado nacional en el XIX, y como personajes *antiguos* (descendientes del Lazarillo—Cela—, el romance artúrico—Cunqueiro—, el politeísmo griego y el misticismo sufí—Gil-Albert—), nos hablan de una necesidad urgente: reconstruir la lengua de nuestros antepasados para poder conocer una identidad perdida en el légamo borroso y turbio de *una* historia reescrita, de modo idiota y venal, cuartelero, por la tropa analfabeta y beata que sirve de carne de cañón en el Alzamiento de un general golpista.

Anterior quizá a la reconquista de la lengua (expoliada/usurpada militarmente) es el descubrimiento de la tierra misma y el pasado donde moramos y se pierde nuestro origen plural. De ahí, sin duda, la enumeración de las más prolijas genealogías (Miguel Espinosa), la utilización

recurrente de citas sobre Historia de España (Ramón Nieto), el recurso a la literatura oral como transmisión de tradiciones perdidas (Fernando Quiñones), el renacimiento—incluso—de la novela histórica (Azancot, Fernández Santos, Carlos Rojas). La destrucción de la(s) lengua(s) de las tribus sometidas al poder de las pistolas y la intimidación de los cuarteles (Goytisolo, Leyva, Antolín, Quiñonero) abre las puertas y ventanas de la vieja mansión, habitada por horribles fantasmas y lúgubres apariciones, a la luz que ilumina el espejo donde mirándonos debemos descubrir de dónde venimos. La reconstrucción de la prosa castellana escrita en la Península ha sido la tarea decisiva de la Chacel, de Bergamín, de Juan Gil-Albert, de Luis Rosales, de Ridruejo, de tantos otros. La reconstrucción de la vida moral de los pueblos peninsulares pasa hoy asimismo por el tránsito y el cruce de todos los caminos de expiación y dolor que el escritor, en mi tierra, ha debido transitar a ciegas, hablando, como Larra, para contar mentiras; escribiendo en una tapia calcárea los balbuceos de un idiota que sólo sabe que es infeliz y sufre; descubriendo, con la desesperación del pobre de misericordia, cojo, ciego y sordomudo, que vaga de pueblo en pueblo pidiendo limosna y recibiendo palos y burlas; recorriendo, sin conocer el sentido de tanta desolación, como un prófugo perseguido por la justicia, las tierras entregadas al expolio de la muerte, los únicos caminos que pueden salvar a aquellas desdichadas ciudades, perdidas en la polvorienta y desierta desolación de la Contabilidad Nacional, de la humillación y el olvido.—JUAN PEDRO QUIÑONERO (42, Rue Richer, PARIS 75009).

ANTONIO CARRILLO: *El cante flamenco como expresión y como liberación*. Edit. Cajal, Almería, 1978.

El título de este nuevo libro sobre flamenco nos hacía concebir unas esperanzas que, en gran parte, han quedado insatisfechas. Lo que no quería pensar es que fuese simplemente un libro más, con los conceptos mismos de siempre, muy lejos de la antropología flamenca, sin otra aportación que la tercera y última parte, confeccionada con entrevistas a diversos cantaores, entrevistas que deberían haber servido para montar el libro.

Sigue usando Antonio Carrillo los tópicos que han usado los demás: habla de la escasa cultura del cantaor profesional. Es lamentable que aún se crea que la cultura es identificable con la cultura literaria, cosa con la que tiene muy poco que ver. La cultura no es otra cosa que el

modo de respuesta ante las necesidades de la propia vida, y muchos cantaores la tienen en un alto grado. No se puede seguir teniendo el tópico concepto clasista de la cultura.

Conserva el autor el equívoco de todos los intelectuales «sociales» que han surgido en estos últimos años, y es el de distinguir aún una Andalucía real de otra que, al parecer, no lo es o no lo es tanto. Parece mentira que viviendo tanto en la región no se dé cuenta de que hay no una o dos, sino media docena, al menos, de Andalucías diferentes. Reales, qué duda cabe. A veces llega incluso a la machaconería, como cuando llama a Almería «rincón olvidado». En vez de concienciar al lector —que ya lo está—, termina por aburrirlo. Y es que el autor quiere su Andalucía, su cante, su cantaor, su espectador, su ambiente, y todo lo que con sus bases no concuerde lo toma por falso, si no es que lo desprecia.

Parece pretender sacar conclusiones de cualquier dato, y, a mi entender, las conclusiones generales en arte suelen ser inválidas, como lo son éstas de Carrillo. (En una ocasión llega a decir que el cante es algo más que arte, pero pregunto, ¿hay algo más allá todavía que el arte?) Y así quiere desgajar el flamenco de un modo de expresión más, y esto creo que no es exacto. El cante nace de la angustia, de la miseria, de la impotencia del hombre, pero con su mismo origen nace la literatura, la pintura. Se ha dicho frecuentemente que el hombre feliz no tiene historia; yo siempre he creído que el hombre feliz tampoco tiene estética. No la necesita y, por consiguiente, ni piensa en ella ni la crea. Además, Carrillo incurre abundantemente en la tentación de literaturizar todas esas angustias—existentes, desde luego—, tan al uso de hoy. El arte, cualquiera, surge necesariamente de una comunicación ineficaz entre los hombres. En cambio, silencia la importancia de la *magia*, que es indispensable en el cante, como en todo arte: es el canal expresivo; el llamado duende no es otra cosa que esa taumaturgia, y ese duende no lo tiene en exclusiva el cante: duende tiene Goya, duende tiene Cervantes. En este mismo sentido extraña que hable de la frustración del cantaor profesional, pues el ser profesional, sin apartarle de círculos más reducidos, le da una proyección más universal y, por tanto, su comunicación es, incontestablemente, mayor y más eficaz. Además de que el dedicarse sólo al flamenco tiene que beneficiar en la mayoría de los casos. Pero aparte de esto, me parece muy acertado el importante papel que tiene en la obra el cantaor aficionado.

El cante es algo personal, individual, que revierte en una colectividad que, a su vez, está compuesta de individuos con sentimientos muy diferentes. Por ello, no es comprensible su afirmación de «que todos los cantes son realizados por los individuos con una casi total identificación